

# Sesenta y tres años de *Sincronía, diacronía e historia* de Eugenio Coseriu

*Adolfo Elizaincín*

*Universidad de la República*

*Cátedra Libre de Estudios Humanísticos Eugenio Coseriu*

Los sesenta y tres años de esta obra fundamental para la lingüística y para la filosofía de la propia disciplina llegan con los cien años de Eugenio Coseriu, nacido en Rumania, hoy Moldavia. Mi propósito aquí es considerar este libro parteaguas en la historia de la disciplina a la vez que ofrecer algunos aspectos de la estadía (de poco más de una década) de Coseriu en Montevideo.

## I.

La llegada de Coseriu a Montevideo en 1950, situación bastante trivial de por sí, se convirtió, sin embargo, en el comienzo de una relativamente breve pero intensísima actividad docente en el campo de la lingüística y de la filología, cumplida fundamentalmente en la ex Facultad de Humanidades y Ciencias de la Universidad de la República, en el Instituto de Profesores Artigas y en algunos liceos privados.

Todo era nuevo en Uruguay: tanto el recién llegado (tenía 29 años) como las propias instituciones de enseñanza terciaria donde se afincó, fundadas menos de una década antes, hacia mediados de la década del cuarenta del siglo pasado.

El país también era joven, poco más de cien años de vida independiente, con una historia compleja y convulsa en el siglo XIX, y con una cierta tranquilidad en el XX; particularmente interesante es, precisamente, la década del cincuenta, donde Coseriu estuvo activo entre nosotros. Interesante porque se sabe de la bonhomía económica de la época acompañada de un progresivo restablecimiento de una democracia fuerte (luego de algún episodio dictatorial en la década de los cuarenta), todo lo cual coadyuvó a la denominación, en

el imaginario colectivo de los uruguayos, de su país como la «Suiza de América».

Coseriu venía de Italia, adonde había llegado a comienzos de la década de los cuarenta desde su Rumania natal. Había nacido en el pueblo de Mihăileni, ubicado en una región perteneciente a la ex Unión Soviética hasta unos años antes de su nacimiento, que luego pasó a pertenecer a Rumania y, finalmente (y hasta hoy), después de la segunda guerra mundial, a Moldavia, típica situación que se repite hasta hoy en las regiones balcánicas.

En ese crisol de pueblos, culturas y religiones diferentes que son los Balcanes, naturalmente hay una presencia importante de lenguas diferentes; por lo pronto en la zona donde él nació, el rumano y el ruso eran de uso corriente. El húngaro no estaba lejos; el alemán era la lengua de cultura generalizada en la zona. De manera que su llegada al mundo se produce, en cuanto a lenguas, en una zona plurilingüe, donde sus habitantes conocen por lo menos dos de las que se usan en el territorio.

Vicisitudes propias del clima que se vivió en la zona en los años previos al comienzo de la segunda guerra, y después de haber cursado algunas asignaturas en la Universidad de Iași, un Coseriu veinteañero decide marcharse a Italia, usufructuando una beca concedida por el gobierno italiano. Realiza entonces sus estudios entre Roma y Milán, donde obtiene dos doctorados («Laurea»), uno en Filosofía y otro en Literatura.

Hacia el final de la década de los cuarenta, decide que no puede seguir en Italia (donde trabajó en varios puestos, todos ellos relacionados con la literatura, el periodismo, las artes plásticas), y pensó en marcharse. Buscó algún destino más tranquilo que la convulsa Italia (y Europa) de la época. Estuvo por trasladarse a Afganistán, pero quiso la fortuna que conociera en esos momentos al cónsul de Uruguay en Italia, un señor apellidado Ponce de León, quien a la postre resultó ser el verdadero impulsor de su venida a Uruguay, aparte de lazos de parentesco que ya lo unían con este país sudamericano.

Ese cónsul le habló de las oportunidades de trabajo en la recientemente creada Facultad de Humanidades y Ciencias de la Universidad de la República, o «de Montevideo», como se la conocía en aquella época. Le dijo que las autoridades iniciales de la institución estaban buscando profesores para crear las principales cátedras en

Filosofía, en Historia, en Letras... Y por fin decidió venir a Montevideo, donde llegó en marzo de 1950.

Rápidamente fue captado por la Facultad de Humanidades y Ciencias, la que creó para él no solo la Cátedra de Lingüística General e Indoeuropea, sino también el Departamento de Lingüística dentro del Instituto de Filología. La facultad tenía su sede en el viejo Hotel de Inmigrantes, entrada por Cerrito 73 o por Juan Lindolfo Cuestas. Aparte de su trabajo en la facultad, Coseriu enseñó además en el joven Instituto de Profesores Artigas, y en algunas instituciones privadas de enseñanza, como señalé más arriba.

## II.

La obra publicada de Coseriu hacia marzo de 1950 no hacía prever el desarrollo y dedicación a la lingüística, a la que dedicaría todo su esfuerzo de aquí en adelante. Al llegar a Montevideo había publicado siete artículos:

- «Limbă și Folklor din Basarabia», en *Revista Critică*, n.º 14, 2-3, 1940, pp. 159-173.
- «Material lingvistic basarabean», en *Arhiva*, n.º 47, 1940, pp. 93-100.
- «Sull'etimologia del serbocroato bugarštica, 'canzone epica in versi lunghi'», en *Atti del Sodalizio Glottologico Milanese*, I, 1, 1948, pp. 7-9.
- «Il 'fonema implicito' in romeno», en *Atti del Sodalizio Glottologico Milanese*, I, 1, 1948, pp. 13-14.
- «La lingua di Ion Barbu (con alcune considerazione sulla semantica della lingua "imparate")», en *Atti del Sodalizio Glottologico Milanese*, I, 2, 1949, pp. 47-53.
- «Lingua e regime in Romania», en *Atti del Sodalizio Glottologico Milanese*, II, 1, 1950, pp. 18-21.
- «Golottologia e marxismo», en *Atti del Sodalizio Glottologico Milanese*, II, 1, 1950, pp. 25-29.

Como se puede ver, todos sobre temas culturales o lingüísticos, la mayoría sobre el rumano, y solo el último sobre un tema de intensa actualidad en la época, las relaciones entre el marxismo-leninismo (modelo soviético) y la lingüística. Nada todavía sobre las lenguas

romances, nada sobre el italiano, y menos (con excepción del último) sobre la lingüística como ciencia y el marxismo como sistema político.

### III.

Comienza entonces la excepcional década de los cincuenta: publica 14 trabajos (no cuento reseñas ni traducciones de textos originalmente en español), el doble de la producción europea de la década anterior. De todos ellos resaltan, por su originalidad y excepcionalidad, los siguientes:

- «Sistema, norma y habla», en *Revista de la Facultad de Humanidades y Ciencias*, n.º 9, 1952, pp. 113-181.
- «Para la unificación de las ciencias fónicas» (con Washington Vázquez), en *Revista de la Facultad de Humanidades y Ciencias*, n.º 10, 1953, pp. 183-191.
- «Forma y sustancia en los sonidos del lenguaje», en *Revista de la Facultad de Humanidades y Ciencias*, n.º 12, 1954, pp. 143-217.
- «Determinación y entorno. Dos problemas de una lingüística del hablar», en *Romanistisches Jahrbuch*, n.º 7, 1955-56, pp. 29-54.
- *Sincronía, diacronía e historia. El problema del cambio lingüístico*. Montevideo: Facultad de Humanidades y Ciencias, 1958.

Estos trabajos forman el «núcleo duro» de la teoría coseriana, ampliada, perfeccionada y sofisticada en los años subsiguientes. Pero aquí está el germen de todo.

Deseo hacer una aclaración sobre el último de los trabajos referidos. Fue publicado, originalmente, en la *Revista de la Facultad de Humanidades y Ciencias*, en 1957; luego en forma de libro de 164 páginas por la misma facultad en su serie «Investigaciones y Estudios», en 1958. Luego vinieron las traducciones a diferentes lenguas, la primera de ellas al ruso, en 1963, traducido por I. A. Melčuk. Luego aparecieron las traducciones al español, portugués, italiano, etcétera. La edición española, de la editorial Gredos de Madrid tuvo, además, muchas reimpresiones. Pues bien, ciertos lingüistas, cuando citan el texto, suelen anotar la fecha de la traducción y/o edición de la versión que consultaron, con lo que queda totalmente

desvirtuada la datación real de la obra, 1958 (en rigor 1957), fecha difícilmente olvidable para los lingüistas del mundo por dos razones: contemporáneamente, casi simultáneamente, aparecen en La Haya *Syntactic Structures* (Mouton) y en Montevideo *Sincronía, diacronía e historia* (Facultad de Humanidades y Ciencias).

No quiero ser hiperbólico ni injusto con otros, pero esa fecha marca un vuelco de 180 grados en la lingüística mundial, a pesar de sus diferencias (y de sus semejanzas). Ambos se oponen a lo inmediatamente anterior, Chomsky al conductismo y estructuralismo ortodoxo imperante en su época; Coseriu, sobre todo, al así llamado «estructuralismo» de Ferdinand de Saussure. No se enfrentaban con poca cosa: en Estados Unidos con la lingüística del *establishment* académico que resultaba atacada por este joven con un libro aún más pequeño que el de Coseriu, cuya publicación fue completamente azarosa por rechazo de muchos editores; Coseriu arremetió con el patriarca de la lingüística europea, ubicado en ese sitio tras la publicación en 1914-15 del *Cours de linguistique générale* y de la relativamente reciente traducción al español de Amado Alonso, muy difundido por estas latitudes, y publicado en Buenos Aires por la editorial Losada en 1945.

#### IV. *Sincronía, diacronía e historia*

Este trabajo pertenece al exclusivo club de publicaciones que teorizan sobre el fenómeno del cambio lingüístico en general, no sobre el cambio lingüístico concreto verificable en una lengua determinada.

Aunque hacia 1958 algunas de las bases de la teoría estaban ya relativamente afirmadas, sobre todo en los cinco trabajos ya referidos, la obra que me propongo comentar es una cúspide difícil de superar.

Coseriu era, antes que nada, un filósofo, un teórico, que no desdénaba para nada las aparentes nimiedades de hechos lingüísticos a veces hasta jocosos o aparentemente inútiles para una teoría. No. En esto sigue a Leibniz, «Scientia, quanto magis theorica, magis practica», afirmación que, a su manera, reformulaba en sus clases aconsejando que una teoría, por más abstracta que fuera, de nada servía si no podía ejemplificarse con hechos prácticos concretos. Y así es en toda su obra.

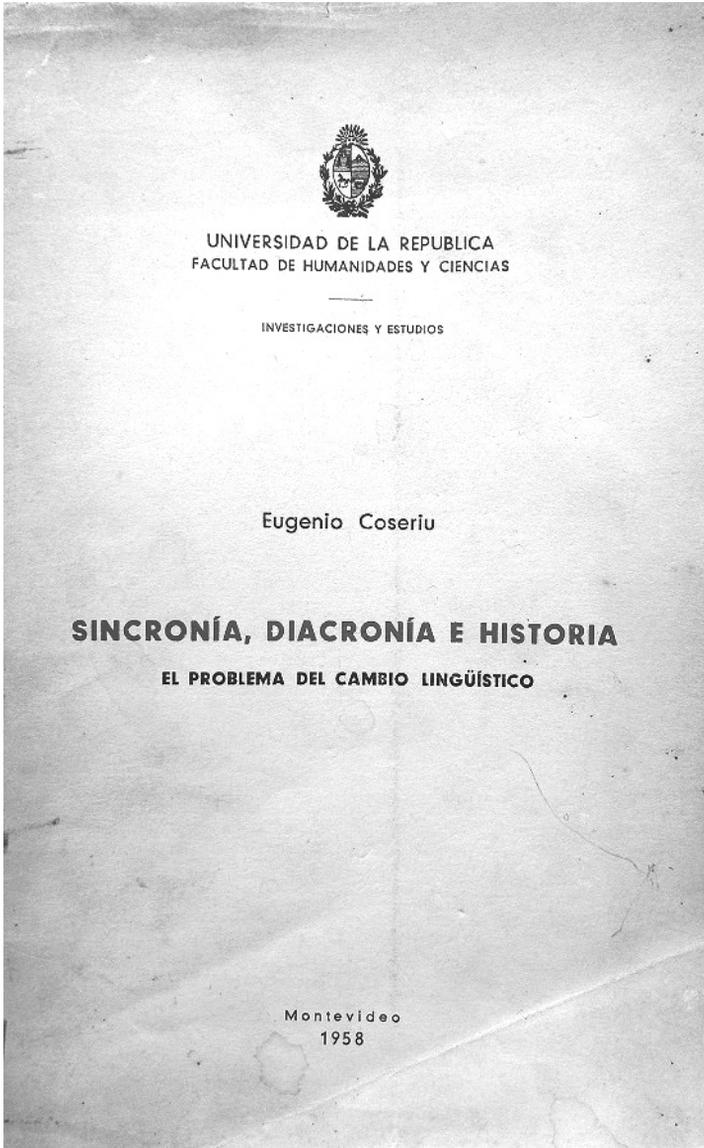
En cuanto a conceptos e ideas ya desarrolladas antes de *Sincronía, diacronía e historia* (SDH) tampoco hay que olvidar la obsesión de Coseriu por organizar prolijamente el enfoque del objeto de estudio: en ese intento establece divisiones y distinciones de manera que el lingüista que en él se inspira sabe muy bien, de entrada, dónde debe ubicarse el fenómeno que pretende investigar. Y esto evita muchísimas confusiones y errores que a la postre repercuten en las conclusiones de cualquier trabajo, es decir en la visión deformada de lo que queremos estudiar, o incluso en la no existencia del fenómeno cuyos mecanismos creímos haber desentrañado.

Sirva como ejemplo la dicotomía de Saussure entre diacronía y sincronía. Durante mucho tiempo (y aún hoy) existe una falsa concepción de que la naturaleza del lenguaje, o bien era sincrónica, o era diacrónica. Falso. Es una perspectiva errada, no estamos colocando los fenómenos donde les corresponden: en el lugar en que sí puede hacerse tal distinción es en la lingüística, la ciencia que estudia ese objeto, y entonces sí estamos autorizados para hablar de lingüística sincrónica o lingüística diacrónica. Por otro lado, «diacronía» no es sinónimo de «historia», como también aún se percibe en algunos estudios, ya en sus títulos, que suele condensar la esencia del trabajo que continúa.

Por otra parte, y como él mismo lo dice en SDH: «[Saussure] fue inducido a desestimar la diacronía y la continuidad de la lengua en el tiempo, y a establecer las extrañas equivalencias *habla-diacronía, lengua-sincronía*, reduciendo de esta manera la *lengua* a un *estado de lengua*» (1958: 14).

Coseriu no es un lingüista típico, como ya lo dije antes. Su obra se relaciona más bien con la filosofía, a la que daba una importancia fundamental y fundante no solo de las ciencias del hombre sino también las de la naturaleza.

Ahora bien, hay varias maneras de relacionar la lingüística con la filosofía: según López Serena (2019), a quien sigo con atención sobre estas cuestiones a lo largo de este artículo, una de las más perspicaces intérpretes de Coseriu y ella misma con formación en filosofía, afirma que deben distinguirse tres campos donde esa relación puede darse: el campo de la filosofía del lenguaje, que se ocupa básicamente de la relación entre lenguaje, pensamiento y cosas en el mundo; la filosofía lingüística, identificada inicialmente con el movimiento



Tapa de la primera edición en forma de libro de *Sincronía, diacronía e historia. El problema del cambio lingüístico*, impreso en la Impresora Cordon.

iniciado por Ludwig Wittgenstein, que se ocupa principalmente del lenguaje y la acción; y, finalmente, la filosofía de la lingüística, campo en el que se ubica principalmente Coseriu, creando así una metodología y una hermenéutica propia de la disciplina.

SDH pertenece al exclusivo «club» de publicaciones que teorizan sobre el cambio lingüístico, no sobre el cambio lingüístico real, como puede hacerlo una gramática histórica de una lengua determinada. Esos otros compañeros de ruta que, en mi opinión, se cuentan con los dedos de la mano destacan: Wilhelm von Humboldt, *Über die Verschiedenheit des menschlichen Sprachbaues* (1836; trasciende un poco la cuestión del cambio); Herman Paul, *Prinzipien der Sprachgeschichte* (1880); André Martinet, *Économie des changements phonétiques* (1955); y Roger Lass, *Historical Linguistics and Language Change* (1997). Excepto Lass, que Coseriu naturalmente no conoce pues es posterior, los otros tres son extensamente glosados, analizados y hasta criticados en SDH.

#### IV.1. El «cambio» lingüístico

SDH no es un libro sobre la evolución de una lengua, o del lenguaje; es, como lo dice su subtítulo «El problema del cambio lingüístico». Muchas veces me he preguntado el porqué de llamar a la materia por tratar «problema» ya que para el autor no lo era pues tenía muy claro el concepto de «cambio» desde un punto de vista que trascendía a la lingüística, al igual que los, para él, innumerables errores en los que caían los lingüistas que se ocupan del tema sin hacer las distinciones y relaciones correspondientes. Como digo, quizás quería referirse a las idas y vueltas con la cuestión del cambio, los malentendidos, la falta de enfoques coherentes que él observaba en *casi toda* la lingüística de la época. Por eso, cuando escribe un prólogo para una de las varias ediciones de SDH dice textualmente:

Para prevenir eventuales malentendidos, me permito destacar aquí que el objeto de este trabajo no es el cambio lingüístico, sino el problema del cambio lingüístico. No me he propuesto escribir un ensayo más sobre las llamadas «causas» del cambio lingüístico ni estudiar los tipos de cambios en varias lenguas, *sino plantear el problema mis-*

*mo del cambio como problema racional y desde el punto de vista de la actividad lingüística concreta [mi destacado].<sup>1</sup>*

¿Por qué «desde la actividad lingüística concreta»? Pues porque como siempre lo ha afirmado, el lingüista debe comenzar por el hablar concreto de los individuos reales.<sup>2</sup>

Por consiguiente —parafraseando a Saussure pero en un sentido exactamente contrario—, para comprender el mecanismo del cambio lingüístico «hay que colocarse desde el primer momento en el terreno del hablar y tomarlo como norma de todas las otras manifestaciones del lenguaje» (inclusive de la «lengua»). No solo lo diacrónico sino también todo lo que es sincrónico en la lengua solo lo es por el habla, aunque el habla, a su vez, solo existe por la lengua (1958: 18).

Además, no hay que olvidar nunca el prurito coseriano de distinguir las «cosas» que se estudian en su complejidad, para poder «decir las cosas como son». López Serena dice al respecto:

[...] distinguir, por ejemplo, en el ámbito de la lingüística, los aspectos que conciernen al *sistema* de aquellos que atañen a la *norma* [omito cita], o los niveles *universal, histórico y actual del lenguaje* [omito cita] y, en correlación con ellos, los saberes *elocucional, idiomático y discursivo*, y los conceptos de *designación, significado y sentido*, o de *congruencia, corrección y adecuación* [...] Y en el terreno de las interrelaciones entre lingüística y filosofía, la preocupación por diferenciar entre teoría del lenguaje y lingüística general, por un lado, así como entre filosofía del lenguaje y lingüística (pero no, como hemos visto hasta el punto de considerarlas autónomas) por otro lado (2019: 6).

Por esta razón decía al comienzo que la obra coseriana (más allá de sus complejidades) es la mejor guía para saber dónde situar el fenómeno que queremos estudiar. Es una obra teórica del más alto nivel, un muestrario de ejemplos en varias lenguas referidos a la teoría manejada, y, además, un ejemplo de didáctica de una «asignatura», digamos —incluso en algunas de las características más notorias del

<sup>1</sup> Cf., en línea, <<https://pdfcoffee.com/sincronia-diacronia-e-historia-eugenio-coseriu-2-pdf-free.html>>.

<sup>2</sup> Observar la diferencia del concepto, con la idea de Chomsky de que la *competence* es «el conocimiento que un hablante-oyente ideal» tiene de su lengua.

género didáctico: la repetición, a veces abrumadora, de los conceptos centrales, por ejemplo.

La otra gran distinción, a la que quiero referir hoy aquí, es la que concierne a las diferentes concepciones de «cambio» que maneja SDH (y en toda la obra posterior del autor, inclusive). Para Coseriu existen tres tipos de cambio (1958: 37):

a) el problema «racional» del cambio (¿por qué cambian las lenguas? ¿por qué no son inmutables?);

b) el problema «general de los cambios» que para Coseriu no es un problema «causal», sino «condicional» (¿en qué condiciones suelen ocurrir cambios en las lenguas?); y

c) el problema «histórico» de tal cambio determinado.

Y añade «[...] el segundo problema es un problema de lo que se llama “lingüística general”; [...] *no hay propiamente una “lingüística general” salvo como generalización de los resultados de la lingüística histórica [...]*» [mi destacado], y continúa:

El primer problema, en cambio, es el problema teórico de la *mutabilidad de las lenguas*; y, en cuanto problema teórico, depende, ciertamente del conocimiento de los «hechos», pues toda teoría es teoría de la experiencia (o sea, de lo real), pero su solución no es de ningún modo mera generalización de varias soluciones parciales (1958: 37).

## IV.2. El «hacerse» de la lengua

Coseriu afirma que la pregunta general, y sin distinguir los niveles como los referidos más arriba, «¿Por qué cambia una lengua?» no tiene sentido, ya que es lo natural, esperable y universal; sí lo sería, ante una realidad determinada «¿Por qué *no* cambia esta lengua?», ya que la relación dialéctica entre «funcionar» y «cambiar» es, obviamente dinámica y esclarece el proceso. Una lengua cambia porque funciona, o dicho de otro modo funciona porque está cambiando continuamente. Por el contrario, una lengua que no cambie más (por ejemplo, el «latín clásico») ya no funciona, y por eso se le ha llamado tantas veces (terminología, creo, inapropiada) «lengua muerta».

Todo «estado de lengua» (digamos una «sincronía», en términos de los lingüistas actuales) es en gran parte reconstitución de otro anterior. En segundo lugar, porque lo que se llama *cambio en la lengua*

solo es tal con respecto a un estado anterior, mientras que desde el punto de vista de la lengua actual es cristalización de una nueva tradición, es decir, justamente no-cambio; *factor de discontinuidad con respecto al pasado, el «cambio» es, al mismo tiempo, factor de continuidad con respecto al futuro* [mi destacado] (1958: 16).

## V. *Érgon, enérgeia, dīnamis*

Antes de continuar y proceder a un ejemplo concreto, quisiera repasar las conocidas distinciones coserianas de *enérgeia*, *érgon* y *dīnamis*, conceptos y terminología tomados de Arsitóteles y de Humboldt, reestructurados y reinterpretados por el maestro rumano.

La gran mayoría de los errores y desenfoces que se aprecian en el estudio de los hechos del lenguaje, consisten en la errónea ubicación de estos a nivel del *érgon* (el producto final, acabado, «perfecto»). Un texto es *érgon*. Pero la verdadera naturaleza del lenguaje no se encuentra ahí, en ese lugar, sino en aquel donde se ubica (no en sentido físico) la *enérgeia*, es decir, la actividad misma del hablar, que culminará en el *érgon*. Todos los fenómenos que se estudien, entonces, estarán en ese nivel y, por ello, es ese funcionar dinámico el que se identifica con el cambio lingüístico que no es otra cosa, como ya parafraseé antes, que el funcionamiento del lenguaje. En cuanto a la *dynamis*, se trata de la actividad en potencia, actividad expectante que puede desencadenar la acción que culmine en producto.

Estas distinciones surgen de Aristóteles cuando define los diferentes tipos de actividad: actividad como tal (*enérgeia*); actividad en potencia (*dynamis*), y actividad realizada en sus productos (*érgon*).

### V.1. Causalidad, finalidad

El problema de las «causas» de los hechos en general, cuestión aparentemente sencilla, es uno de los grandes temas de la filosofía. Como gran cantidad de otros temas, en Occidente todo comienza con Aristóteles en su célebre distinción de las cuatro grandes causas que se pueden distinguir en un hecho u objeto cuya naturaleza necesita ser explicada. Así, si lo que queremos explicar es la existencia

de una casa, los materiales con los que la misma fue edificada constituyen la causa «material»; el plan que el constructor materializa al construir la casa es la causa «formal»; las actividades hechas para la construcción son su causa «efectiva»; y el propósito o fin para el cual la casa fue construida, la causa «final».

Esa Itkonen, uno de los lingüistas-filósofos que más han contribuido al conocimiento de Coseriu explica y resume claramente esta cuestión:

He [Coseriu] most emphatically denies that changes could be brought about by that type of «effective» causality which is characteristic of the natural sciences. Instead, he espouses *functional* explanation (where «functional» is explicitly stipulated to be the synonymous with «finalistic» [omito página]). According to this type of «explanation by expressive necessity» [...] changes are brought about by *free will* operating to satisfy *expressive ends* (2011: 6).

Para Coseriu, la verdadera naturaleza de lenguaje no solo se manifiesta en la oralidad sino, más aun, en el diálogo:

todo aquello en que lo hablado por el hablante [...] se aleja de los modelos existentes en la lengua por la que se establece el coloquio, puede llamarse *innovación*. Y la aceptación de una innovación, por parte del oyente, como modelo para ulteriores expresiones, puede llamarse *adopción* (1958: 44-45).

Innovación individual, adopción colectiva: he ahí el sencillo esquema coseriano para explicar algunas características de los cambios. Por cierto, la *innovación* es un momento individual, a través del cual el individuo, libremente y con una finalidad determinada, decide en forma más o menos consciente modificar en algo una tradición anterior; si esa innovación fuera aceptada por alguien, y luego por otros y otros dentro de la comunidad, podríamos, 1) empezar a reconocerla de alguna manera, quizás por su diferencia con la anterior que esta, nueva, trata de sustituir; y 2) los lingüistas ya podrían empezar a aplicar sus métodos de captación de la «novedad», y establecer si se trata (o no) de un cambio en marcha (utilizo aquí terminología de William Labov, «change in progress»), es decir, la etapa de la *adopción*. Pero para la primera etapa, la de innovación, a diferencia de lo que acontece con la etapa de la adopción, no existe ciencia ni método: no hay ciencia de lo individual.

Para explicar la puesta en marcha del cambio se han aducido varias razones. Veamos esta: «Some linguists believe that an invisible hand has been at work. This idea is however, not acceptable because changes are entirely intentional and the result of the invisible hand is unintended» (Hammarström, 2013-14: 3).

Precisamente, por la huidiza naturaleza del momento de la innovación, algunos lingüistas, referidos por Hammarström antes, hicieron la analogía con la idea de Adam Smith sobre la «mano invisible» que mueve la economía. Pero en su obra capital este autor (Smith [1776] 1996: 554) se refiere una sola vez al mecanismo que provoca cambios en la economía con esa expresión. No es una idea fuerza en su teoría, pero por lo que se ve, sedujo a algunos lingüistas que encontraron en la expresión «the invisible hand» una forma hasta diría poética para tratar de explicar el inicio del cambio lingüístico; pero para ello hay que aceptar que el cambio no es intencional o independiente de la intención de sus agentes.

Por cierto, que hay muchos lingüistas que así lo piensan en oposición a la teoría coseriana; o quizás, ni siquiera piensan en ello pues están muy ocupados en observar *un* cambio específico en *una* lengua específica (digamos, en español /f-/ > /h-/ > /0/; o, «Vuestra Merced» > «Usted») que es, como vimos, una de las tres preguntas fundamentales que el lingüista puede hacerse acerca del cambio: explicar *un* cambio.

El mismo Coseriu ha hecho el mejor resumen de su posición:

So, linguistic change is the process by which language disappears or arises, by which linguistic traditions die out or come into being, and by which often new traditions partially or wholly take the «place» of those dying out in the systems of traditions which we call a language (1988: 150).

## VI. La «tradición» como concepto y término técnico

Como se pudo ver en la cita anterior, una lengua es un «sistema de tradiciones». El concepto no puede pasar desapercibido, como tantos otros usados por Coseriu, que en la lengua general significan algo y en él, refinando su semántica, sirven para expresar matices técnicos de esa rama del conocimiento.

Es lo que sucede con el término «tradición» al cual, popularmente, suele vérselo como lo «antiguo» cuando no lo «pasado de moda» razón por la cual adquiere un matiz peyorativo. También suele usárselo como sinónimo de posición conservadora, resistencia al cambio, etcétera. Esta forma de considerar «tradición» es completamente ahistórica, pues no toma en cuenta que el significado de la palabra incluye referencia a la corriente perpetua y constante que desemboca en el hoy que vivimos. Somos lo que fuimos, todo *es* lo que *fue* antes; ese hilo conductor, que liga el pasado con el hoy, esas formas que vienen de «atrás» y, modificadas total o parcialmente, se adaptan al aquí y ahora son las tradiciones en las que todos vivimos inmersos en todos los órdenes de la vida.

El lenguaje (una lengua) no escapa a esta cuestión y, en cuanto estructura o sistema que es, no es en sí una tradición, sino que está integrado, conformado por un número incalculable de tradiciones relacionadas que, en conjunto, le dan a esa lengua de que se trate la forma que actualmente tiene. Así, por ejemplo, en el español, fenómenos fonéticos como el *seseo* o morfosintácticos como el *voseo* son «tradiciones» actuantes en determinadas secciones del sistema lingüístico con especificaciones de tiempo y espacio particulares.

No solo con este caso del concepto y término «tradición» sino con muchos otros usados por el autor, se da la característica interesantísima de que la teoría que los sustentan ha quedado abierta, no está cerrada, lo que permite desarrollos y reinterpretaciones posteriores. Pero quiero solamente detenerme en el concepto de «tradición» explicado antes.

Como se dijo más arriba, una tradición es un hecho cualquiera del sistema lingüístico que se realiza de una determinada manera en un tiempo y en un lugar determinado. Pero como toda tradición lingüística (o cualquier otra) no es algo estático, inmóvil; al contrario, es tradición precisamente porque teniendo una historia que le da sentido en el momento actual puede evolucionar a ritmos y velocidades específicas en «otra» tradición en el futuro.

He intentado «integrar» varios de los aspectos pertinentes a la teoría lingüística coseriana, que Coseriu solía llamar, precisamente, «lingüística integral», con algunos otros aspectos no tratados directamente por él, y todo ello en un esquema muy simple que intenta

resumir grandes procesos que se pueden observar en el desarrollo («evolución») de las lenguas históricas.

La idea parte de la observación de los grandes cambios que han modificado la fisonomía de las lenguas en el estado actual (de todas, ya que el hecho de que las lenguas cambien es un «universal» que se verifica en toda lengua que funcione como tal): esto se sitúa en el nivel de la primera pregunta que debemos hacernos sobre el cambio, el problema de la mutabilidad. También juega un rol la tercera pregunta coseriana sobre el fenómeno, o sea el problema «histórico» de un cambio detectado/intuido por el investigador.

Desde otras teorías se ha hablado mucho de la importancia del contacto lingüístico como una de las condiciones casi siempre presentes cuando se estudia un cambio determinado. Y ese contacto no tiene por qué serlo, necesariamente, entre lengua históricas diferentes; pueden serlo entre (y de hecho lo son) «tradiciones lingüísticas» diferentes, aun cuando ambas tradiciones que entran en contacto «pertenezcan» a la misma lengua histórica. Así por lo menos lo he entendido y aplicado en muchos estudios sobre el asunto.

Coseriu no toca nunca directamente el tema salvo en algunos casos muy concretos como, por ejemplo, la influencia del griego sobre algún aspecto del latín. Por eso me parece relativamente novedoso tratar de incorporar la noción a su esquema de pensamiento general sobre el funcionar de las lenguas.

He graficado ese proceso con el esquema siguiente:

$$CO > VA > CA$$

Siendo «CO» el contacto, «VA», la variación lingüística normal en toda lengua histórica, y «CA» el cambio (quizás terminado —nunca se sabe—, pero, *en todo caso* en el estado actual en el que es observado, «change in progress»).

El símbolo «>» usado mucho en la lingüística histórica que se ocupa de los cambios concretos (tercer tipo de cambio), no debe entenderse de forma mecánica en el sentido de que el contacto *es* la causa de la variación, no por lo menos en el sentido en que podemos afirmar que una temperatura de 100 °C *es* la causa de que el agua hierva y tal circunstancia se cumplirá siempre inevitablemente. No ese sentido, pues la lingüística no es una ciencia «natural», sino del hombre y, en el ámbito de las ciencias humanas, no existen procesos

de tal naturaleza (a este tema se dedica buena parte de SDH). Más bien es prudente ver el proceso como un condicionamiento favorable o propicio para que los hechos que se desencadenen como consecuencia de circunstancia tal sucedan de la forma en que lo hicieron y no de otra, que también hubiera sido posible (dentro de los límites naturales de su naturaleza y funcionamiento).

Siendo así las cosas y producido el contacto, se trata en realidad de la introducción de una nueva tradición que viene a insertarse en un espacio/tiempo en el que ya se encontraba operante otra tradición que hasta un momento determinado cumplía la función que por diferentes circunstancias está empezando a dejar de cumplir. Por esta razón, aparece la nueva tradición que entra en competencia con la antigua.

Este estadio se detecta en lo que se llama variación sincrónica («VA» en el esquema anterior) que suele producir alguna duda en el hablante cuando se dispone a usar la forma que empieza a verse amenazada por la nueva. Es la sustitución de tradiciones de la que habla Coseriu dentro del «sistema de tradiciones» que es una lengua. Si en el correr de los tiempos y, habiéndose dado circunstancias favorables a la nueva tradición, la antigua desapareciera (o se reinterpretara para cumplir *otra* función), pues el cambio se habría efectuado. Desde luego, nada asegura que el ciclo no pueda volver a repetirse, porque de lo contrario, como enseñó Coseriu, la lengua ya no cambiaría más, y, en consecuencia, dejaría de funcionar.

## VI.1. La formación de los tiempos futuros: síntesis > análisis > síntesis

Quiero comentar, a la luz de este esquema, un cambio del tercer tipo que Coseriu analiza en SDH: la formación de futuros perifrásticos en las lenguas romances. Como es sabido, en el latín, así llamado «clásico» (que es el reflejo literario, del latín como lengua histórica), o simplemente en el latín, no existían formas verbales complejas salvo algunas excepciones muy escasas (como algunas formas de la voz pasiva, por ejemplo, pero no toda la pasiva, por cierto). Teníamos entonces, en un período determinado formas sintéticas de futuro (*cantabo*, *audiam*, de *cantare* y *audire*, respectivamente, primera persona del singular de futuro indicativo). Por un cúmulo de circunstancias en las que juegan un papel muy importante otros cambios asociados

(que desencadenan una reacción en cadena, según feliz expresión de Martinet) como la pérdida de distinción entre /v/ y /b/, o la modificación de la longitud de las vocales, más el hecho de que esas formas expresaban «temporalidad», exclusivamente, sin matices modales perceptibles, a lo que se suma la peculiar complejidad del concepto de «futuridad» (siguiendo fundamentalmente a Heidegger y al filósofo italiano Caraballese), Coseriu distingue entre un *tiempo interior* al individuo en que pasado, presente y futuro existen en simultáneo, y un *tiempo exterior* al mismo individuo, en el que esos momentos ya pueden ser delimitados y separados, asociándosele a cada uno de ellos un sentido distinto: «conocer» (pasado), «sentir» (presente) y «querer» (futuro).

Precisamente, para la expresión de ese futuro que en la perspectiva anterior corresponde a un «querer» («desear», «esperar que...», «abrigar esperanza de que...»), a veces también obligación, en el sentido de *tener* que hacer algo), la forma existente ya estaba siendo poco útil. Era necesaria una forma que expresara no solo futuridad (tiempo) sino estas otras experiencias que en la lengua suelen expresarse a través de la así llamada «modalidad». Se echaba de menos entonces una manera más eficaz de expresar dicha modalidad.

El sistema, en consecuencia, comienza a sustituir las formas sintéticas por perífrasis verbales formadas por un verbo principal (la idea central de lo que se quiere decir) más alguno de estos tres verbos que fueron los candidatos ideales para auxiliar al principal: *volo*, *debo* o *habeo*. Hay ejemplos documentados de uso con los tres, pero finalmente triunfa la perífrasis con *habeo* (voz del verbo *habere*, primera persona del singular de presente indicativo), nuestro *haber* actual el que, despojándose en parte de su significado original de posesión, comienza a funcionar como un auxiliar para poder decir ya *cantare habeo* o *habeo cantare* —«tengo que cantar»— «en lugar de» *cantabo*. O sea que la mera temporalidad de la forma sintética se «modaliza» (incluye ahora aspectos modales pertinentes), lo cual, de nuevo, no significa que luego, más adelante, el proceso vuelva a comenzar, lo que de hecho ha sucedido, y sucede aún con esta cuestión.

Es decir, *cantare habeo* dice mucho más que *cantabo* (una tradición sustituida por otra) porque agrega esos matices modales de obligación, esperanza, necesidad de que suceda algo que aún no ha llegado, etcétera.

Precisamente por eso, y viendo el problema desde otra perspectiva (la tipológica), la forma sintética (*cantabo*) ha sido reemplazada por una analítica o perifrástica (*cantare habeo*), forma adecuada para la expresión de relaciones dentro de la frase, que Coseriu llama precisamente funciones externas. A una función externa, relacional (relación entre un individuo hablante consciente y su futuro esperado, anhelado, temido, etcétera), le corresponde tipológicamente su expresión a través de una construcción sintagmática o perifrástica, mientras que a una función interna le corresponde una expresión sintética, morfológica (muy adecuado en las lenguas flexivas como el latín), precisamente.

Como puede verse, se trata de un cúmulo de circunstancias que se entrecruzan, de diferente índole, a lo que Coseriu agrega, para completar con más precisión el cuadro, la simultaneidad aproximada del florecimiento y recomposición del así llamado «latín vulgar» (estamos hablando de los siglos II y III d. C.) con la emergencia y dispersión del cristianismo en Occidente, «circunstancia históricamente determinante» (1958: 97). Dice Coseriu:

El futuro latino-vulgar, en cuanto no significa «lo mismo» que el futuro clásico, refleja, efectivamente, una nueva actividad mental: no es el futuro «exterior» e indiferente, sino el futuro «interior» encarado con consciente responsabilidad, como intención y obligación moral (1958: 97-98).

## VII. Final

Pocas veces hemos visto en la lingüística escrita en nuestra lengua un pensamiento tan poderoso expresado de una forma tan convincente y minuciosa. Un razonamiento impecable, fiel y coherente a lo largo de todo el texto, una pieza de investigación y de especulación filosófica del más alto nivel, expuesta por un joven profesor extranjero de 37 años en un país sin tradición de estudios ni investigaciones generalizados en esta materia. Es, por decir lo menos, una cuestión excepcional. De esas que son frecuentes en un país que sigue buscándose a sí mismo para anclar en algún lado, que hace esfuerzos y anhela un destino acorde con sus reales posibilidades, que tiene momentos estelares y momentos sombríos, y que de la misma manera que un cuadro de fútbol vende casi de inmediato para el exterior al joven deportista que empieza a descollar, supo hacer (¿lo sigue haciendo?) lo mismo con sus científicos e intelectuales

más destacados. Eugenio Coseriu fue una estrella fugaz en este país, al que contribuyó, como aún no nos imaginamos, a ponerlo en la atención de muchos en el mundo.

## Referencias bibliográficas

- COSERIU, Eugenio. *Sincronía, diacronía e historia. El problema del cambio lingüístico*. Montevideo: Facultad de Humanidades y Ciencias, 1958.
- . «Linguistic Change Does not Exist», en ALBRECHT, J. *Enérgeia und Ergon, Band I. Schriften von Eugenio Coseriu (1965-1987)*. Tübingen: Gunter Narr Verlag, 1988, pp. 147-161.
- HAMMARSTRÖM, Göran. «Causality and intentionality in the explanation of diachronic linguistics», en *Enérgeia* V, 2013-2014, pp. 1-4.
- ITKONEN, Esa. «On Coseriu's legacy», en *Enérgeia* III, 2011, pp. 1-29.
- LÓPEZ SERENA, Araceli. «La interrelación entre lingüística y filosofía en *Sincronía, diacronía e historia* de Eugenio Coseriu», en *Onomazein* 45, 2019, pp. 1-30.
- SMITH, Adam. *Sobre la riqueza de las naciones* [Título original: *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*, 1776] (trad. C. Rodríguez Braun). Madrid: Alianza, 1996.